

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



El
eterno
conflicto

por
Leatrice Joy
H. B. Warner

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

22

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA

EL ETERNO CONFLICTO

Comedia moderna, interpretada por

LEATRICE JOY,

H. B. WARNER

y JOHN BOLES



EXCLUSIVA DE

JULIO CESAR, S. A.

ARAGÓN, 316 :- Barcelona

EL ETERNO CONFLICTO

Argumento de la Película

Los tiempos evolucionan. Lo de ayer parece ridículo. La gente no es la misma.

Los caracteres se han vuelto más ligeros, de acuerdo con el medio ambiente en que ahora vivimos, y no precisamente ligeros en el sentido pecaminoso, sino desprovistos de lastre, de prejuicios exagerados, de falidas barriendo los suelos.

Hoy, las falidas no llegan más abajo de la rodilla, ya no usan las mujeres aquellos pantalones de siete palmos de puntilla, ni el marido las encierra bajo doble llave y candado en sus casas, para que no puedan salir en su ausencia.

La moda se impone. Los celos son anticua-

dos, tan lejanos como las falidas con coña kilométrica.

Y es que la mujer va logrando lo que es justo se la reconozca: la libertad, es decir, la confianza absoluta en ella; porque no es con cerrojos como una mujer conserva su dignidad, sino con un corazón completamente libre y un espíritu completamente educado por su alma pura.

Juan Payson era un hombre, no un maniquí. Por eso no podía adaptarse al medio social, hecho de ligereza, de superficialidad, que su esposa procuraba imponerle, entre mimos y caricias.

Juan Payson exageraba. Era muy hombre, no lo negamos; pero no consideraba que su mujer, la encantadora Clara, Eva recién salida de la espuma marina, pero vestida, tenía el

derecho de ser mujer, muy mujer; y sabido es que Fémia es caprichosa.

¿Qué de extraño tenía, pues, que Clara gustase de divertirse en reuniones de sociedad, ya que, afortunadamente, la holgada situación de su marido, le permitía no tener preocupaciones materiales de ninguna clase?

¿Qué quería Payson? ¿Que su mujercita permaneciese encerrada todo el día en su casa, leyendo o tumbada en la cama, esperándole?

Sin duda, pues era muy celoso.

Claro que un marido tiene que velar por su esposa, apartándola de compañías que pueden serle perjudiciales; pero cuando una mujer ha recibido buena educación, es humano reconocerle tanta vista como el hombre para apartarse por sí sola de cuantos peligros se alicen en su camino.

¿O es que siempre será la mujer una esclava, sin criterio propio, una niña que está continuamente a punto de tropezar y caerse?

Payson no era partidario de las visitas que su compañera hacía por las tardes a sus amigas, y Clara no había pensado nunca—nunca, desde que casó con Payson—renunciar a ellas, porque pasaba ratos muy agradables, como

los de su marido triunfando en sus negocios.

Cada cual tenía su misión señalada: Payson, la de engrosar la fortuna; Clara, ser siempre hermosa, estar a todas horas risueña, para que su marido la encontrase más bonita que a ninguna otra.

Pues bien; Clara cumplía al pie de la letra su misión.

Si, por ejemplo, Payson hubiese sido un modesto empleado, otra hubiera sido la vida que llevaba Clara.

Por supuesto. Entonces, la esposa, para ayudar al marido, hubiese trabajado en casa, gastado vestidos en relación con los ingresos del hogar, etc., etc.

De modo que, limpia su conciencia, diáfanos su mirar, Clara vivía, ahora, de acuerdo con su posición social.

En todos los salones era recibida con evidentes muestras de placer, pues, además de su charla amena, era un bello adorno, quizá el más bello de la reunión.

En verdad, Clara era hermosa y de suprema distinción. Muchas amigas suyas copiaban vestidos y gestos de ella, encantadas de cómo vestía y se expresaba.

Payson adoraba en su mujercita, su tesoro, su máxima ventura.

El más insignificante detalle de ella le producía una viva satisfacción, y sus caricias, tan prodigadas, tan amadas, le parecían siempre nuevas, lozanas, recién brotadas de flor apenas abierta.

Por eso, por su gran pasión, sentía celos hasta de su propia sombra; y sufría; pero ¡oh, dichoso mortal! su sufrimiento aumentaba su felicidad.

¿Paradoja?

¡Divina paradoja, sí! Porque Payson sufría de tanto amar.

Era un defecto, pero en este mundo cada cual hace de su vida lo que quiere, y Payson, aunque creía lo contrario, gozaba de la vida con sus ideas anticuadas.

Eso parecerá algo abstracto a ciertas mentes; pero, aclarando el concepto, ¿puede existir un gran amor, una gran felicidad, en una monotonía aplastante, en una repetición incesante de los mismos hechos, como el que está obligado a ingerir lo mismo a cada hora de comer?

Queda sentado, pues, que Payson se creía

infeliz, cuando en realidad su dicha no conocía límite.

Aquella tarde, el celoso aguardaba impaciente a su mujer.

Pascábase de largo en largo de la habitación, mirando a diestro y siniestro, como si Clara fuese a aparecer por obra de sugestión, o a lo Diego Tenorio.

¿Dónde estaba su mujer? ¿Por qué había salido de casa? ¿No sabía ella que a él le disgustaba que se ausentase sin decirle adónde iba y sin preguntar si podía ir?

Los minutos, cual interminables horas, fueron pasando; y, consumido por la espera, Payson no pudo menos de llamar al criado, revelándole inconscientemente su estado de ánimo, sin tener en cuenta que esas cosas íntimas no interesan lo más mínimo a la servidumbre, de natural indiscreta.

El fámulo acudió presto a la llamada del señor, y Payson preguntó, nerviosamente:

—¿No dijo la señora adónde iba esta tarde?

El criado hizo un gesto de pesar, por no poder complacer a su principal, contestando a su pregunta, y pronunció:

—No, señor; salió sin decir nada.

El cerebro de Payson hervía. ¡Clara salió sin decir nada!

¿Por qué no dijo nada? ¿Cómo había vuelto a olvidar la recomendación que le hizo de indicar, siempre que salía, adónde iba?

El criado volvió a su obligación, y Payson continuó su paseo de arriba abajo de la habitación, febril, dispuesto a darse de bofetones hasta romperse las manos.

Y su exaltada imaginación le presentaba, para mayor tormento, a Clara, es decir, la boca de Clara, sonriendo a otros hombres. Los labios rojos y jugosos de su mujer parecían temblar de deseo, como si quisieran ser besados por otros labios que no fueran los de él; sus dientes, puras perlas, brillaban de un modo intenso, seduciendo...

¡Dolorosa y adorable visión! ¡Labios divinos de su mujer! ¡Labios únicos! ¡Única rosa de placer!—como dijo el gran poeta.

Ya conocemos a Juan Payson. Ya le hemos visto. No podemos dudar de que está loco por su mujer. Es un muchacho simpático, y seríamos crueles si no le disculpáramos sus celos, porque su mujer es un ángel y él tiene sus temores de que, como tal, vuele de su lado. ¿Por qué tendrán alas los ángeles?

Ahora vamos a conocer a Clara. Francamente, preferimos estrechar la mano de ella a la de él. Por muy poeta que sea el marido, por más románticos accesos de celos que tenga, la mano de Clara es mil veces más poética; su mano y su brazo; su cuerpo y su rostro; y, en fin: todita ella.

Vedla: alta, esbelta, con ojos que queman, nariz que no respira, sino besa, boca que perfuma y ruboriza...

Se halla en una reunión, en un té bailable

organizado por Julio Moret, un perfecto caballero, lo cual no le impide ser un perfecto galanteador.

La fiesta se celebra en casa de Moret y está muy animada. El dueño cuenta con numerosas relaciones, y goza de muchas simpatías por su carácter afable y correcto en todos los terrenos.

Moret tuvo mucho interés en que Clara asistiese a su reunión, y su presencia le llenó de alegría.

Contábanse de él deliciosas aventuras, por lo que le rodeaba una aureola de gran amor.

En su casa, las damas tenían la puerta abierta de par en par, y ninguna halló nunca en Moret una desatención.

No era el conquistador vulgar, sino el hombre elegante. No había hecho del amor un deporte, sino una misión. Amaba porque no se puede vivir sin amar. Se dejaba amar, en compensación de las que él amara sin ellas amarle.

Moret, como sus amigas — conquistas de unos días, porque el amor inconsistente muere apenas estalla —, amaba o fingía amar, y ul-

vidaba, procurando siempre conservar de sus conquistas y dejar de sus entrevistas amorosas el perfume de una esencia parisiense... ese recuerdo embriagador que no muere...

Porque Moret había amado una vez, como no se vuelve a amar nunca más.

El era, entonces, un pobre estudiante. Ella, una condesa. Se querían con delirio, y sus proyectos para el porvenir, tan pronto Moret terminase su carrera, se condensaban en una sola ilusión: casarse.

Fué pasando el tiempo. El amor de ambos iba creciendo, como el champaña a medida que se va vertiendo en la copa. Y rebasaba ya los bordes, cuando los padres de ella, indignados porque su aristocrática hija había entregado su corazón a un plebeyo sin bienes de fortuna, precipitaron su boda con un marqués, hijo de acaudalada familia.

La condesita, a pesar de su llanto, de su desesperación, y de haber amenazado a sus padres con matarse si se empeñaban en mandar en su corazón, tuvo que ceder a todo cuanto ellos le impusieron; y Moret la perdió para siempre.

Casada la condesita, Moret no resistió a la

tentación de varla. La escribió, y, aceptada una entrevista en lugar discreto, el jovencuelo confiaba en que su amada le confirmaría que su amor era sólo para él; pero recibió la lección más provechosa de toda su vida...

La condesita le estaba aguardando en el apartado rincón. Cuando, al llegar a él, Moret la vio, precipitose, tremante de emoción, a su encuentro, con los brazos abiertos para estrecharla amorosamente en ellos.

Iba ya a darle alcance, a sentirla sobre su corazón, cuando la condesita le detuvo con un gesto, a un tiempo de majestad y dolor.

—¡Alicia! ¡Cuánto habrás sufrido, amor mío!—exclamó Moret, iniciando de nuevo el abrazo.

Alicia le miró a los ojos, y mientras Moret veía que por los de ella brotaban unas lágrimas, le dijo, con voz entrecortada por la emoción:

—Acepté tu entrevista para que no fueras a creer que te había olvidado. Te amo y te seguiré amando siempre; pero no nos veremos más.

—¡Eso es imposible, Alicia!

—¡Julio, ya no soy libre. Un hombre me ha

hecho su esposa, por su voluntad y la de mis padres, y debo ser digna de mí misma.

Moret calló. Alicia tenía razón, y besando su pálida mano, que mojó una lágrima, huyó de ella, temeroso de traicionar sus pujantes sentimientos de caballero.

Terminados sus estudios, regresó a su hogar, y poco tiempo después heredaba una fabulosa fortuna de unos parientes que explotaban unas minas en California.

Desde entonces, abandonó su carrera de abogado y creó algunas empresas financieras, cuyos beneficios le permitían llevar una vida a todo fren.

Y desde entonces también, Moret se entregó al amor de las mujeres como un pasatiempo más, tratando de encontrar en alguna aventura algo de aquella condesita que le entregó su corazón...

Los caballeros las prefieren rubias, dice Anita Loue, pero Moret la llevaba la contraria, pues las prefería morenas.

¿Y sabéis por qué?

La condesita lo era.

Un buen observador hubiese visto que las amigas predilectas del solterón eran, en su mayoría, morenas, y, ahondando, hubiese llegado al convencimiento de que el pelo negro había jugado un importante papel en la vida del galanteador.

De un tiempo a aquella parte, Moret había puesto sus ojos — inteligentes tasadores de virtudes femeninas — en una mujer ideal, que le recordaba, en ciertos detalles, a la condesita de sus sueños...

Esa mujer era una morena espléndida, una sonrisa eterna.

Ninguna como ella le había hecho sentir algo de aquel amor de su primera juventud.

La conoció en una reunión organizada por unos amigos suyos, y al ser presentado a la encantadora mujer endrina pensó que el amor no había muerto por completo en él, que aun había una mujer en el mundo capaz de darle la felicidad que había estado buscando desde su triste aventura.

El deseo de iniciar con ella una relación amorosa le llevó a ocuparse de su vida, y al enterarse de que estaba casada, vió desmoronarse los castillos que había levantado en su espíritu en unos instantes de pasión.

Pero como el verdadero amor no es el que se basa en los sentidos, sino en el alma, Moret renunció a la bella endrina como conquista, y cultivó su amistad como enamorado respetuoso, sin dársele a entender nunca, respetándola como si se tratase de la misma condesita cuando, allá en su juventud, fueron novios.

La predilecta de Moret era Clara de Payson. ¿Adivinaba la exquisita criatura el sentimiento que había hecho nacer en el conquistador?

Probablemente, sí, y le agradecía su buena

amistad y sus respetuosas atenciones, que le acreditaban como el mejor de los caballeros.

Clara no se envanecía de la predilección que le demostraba, con suaves maneras, el favorito de las damas, por la sencilla razón de que, enamorada de su marido, no le importaba nada ningún otro hombre.

Moret no era un Adonis, ni mucho menos. Las mujeres que le visitaban particularmente, no lo hacían, sin duda, para extasiarse ante la perfección de las líneas de su rostro, sino para oír su amable voz...

Varias eran ya las veces que Clara y Moret se habían encontrado en reuniones de sociedad.

Aquella tarde, se vieron en los salones del propio Moret, a los que, correspondiendo a atenta invitación, Clara no tuvo inconveniente en acudir, como infinidad de relaciones de uno y de otro.

Las jóvenes parejas bailaron. Clara conversaba con unas damas, no bailando con nadie, ni con Moret, quien le evitó la violencia de una negativa, no proponiéndoselo siquiera.

Antes de terminar la fiesta, Clara se sepa-

rá de las damas y se dispuso a regresar a su casa.

Moret le salió al paso en un saloncito y le agradeció sinceramente el honor que había tenido a bien hacerle aceptando realzar la fiesta con su presencia.

En una mesita del saloncito había una estatua de mármol representando a la Venus de Milo.

Clara acariciaba la estatuita mientras Moret le hablaba, y éste, al darse cuenta del ensimismamiento en que repentinamente había caído la joven esposa, le dijo, sonriente:

—La pobre Venus lleva una vida muy aburrida, Clara... Siempre la tengo encerrada en este saloncito-museo.

Clara miró con pena a la pobrecita Venus, y coincidiendo con su opinión, añadió Moret:

—Eso es lo que la mayoría de los hombres quisieran hacer con sus mujeres: tenerlas siempre encerradas...

—Cierto... — murmuró Clara—. Porque los hombres son unos egoístas...

—Hay excepciones, afortunadamente, señora Payson.

—¡Muy pocas!

—Según...

Se acercó uno de los invitados de Moret, y sumándose a la conversación, dijo a Clara, para ayudar a su amigo a retener a la bella casada a su lado... y a solas:

—Debe usted visitar la cueva de Moret, señora Payson. Allí guarda sus tesoros... vinícolas.

—Tendré mucho placer en acompañarla...— dijo Moret.

El amigo le guió un ojo, y Clara contestó:

—Otro día será... Tengo que irme a casa en seguida; mi marido tiene invitados a comer.

—Como usted quiera, señora Payson; pero es sólo cuestión de unos minutos—manifestó Moret, feliz teniendo a su lado a la hermosa Clara.

El amigo de Moret insistió, por su parte, y ella acabó por conceder al galanteador unos segundos para ver sus famosas bodegas.

Moret levantó una trampa y bajó a un sótano con Clara, solos.

El amigo y la pareja de éste se quedaron arriba, para bailar; pero, llevando lejos su broma, el invitado corrió el pestillo de la

trampa, para que, cuando quisieran subir, Clara y Moret se vieran imposibilitados de salir de la cueva.

La gentil pareja del bromista, reprochó a éste:

—¿Por qué haces eso?

—Es una broma, mujer. Hoy, Clara hará esperar a los invitados de su marido.

—¿Y te parece bien provocar una riña entre ella y su esposo?

—Payson es un idiota, y los idiotas no merecen tener una mujer como Clara.

—¿No te habrás enamorado de ella?

—Lo habría hecho, de no haberme enamorado de ti.

—Me parece que es una habilidad contestar de esa manera...

—No lo creas... Estoy dispuesto a demostrártelo cuando quieras... Y para tranquilizarte, te diré que el enamorado de Clara es Moret, a quien hago yo el favor de encerrarle con ella en la bodega, para que te cuente un cuento de los de su especialidad.

—Falta saber si Clara está dispuesta a escucharle...

—Eso no es ya de mi incumbencia.

Y la pareja se alejó hacia el salón, para seguir bailando.

En el hogar de Payson, los invitados habían llegado ya. Eran dos parejas de cuarenta para arriba, unos bonifacios los maridos, y el prototipo de la murmuración las señoras, sobre todo una de ellas, delgaducha y fea.

Payson no sabía cómo disculpar la tardanza de su esposa. ¿Diría que la había llamado una amiga suya que tenía un hijo enfermo? No. Le molestaba tener que enfermar a un pequeñuelo. Además, los invitados no se tragarían la bota. ¿Qué decir, pues?

No mentiría, porque, en verdad, no sabía cuándo llegaría Clara. Y dijo así:

—Clara... se ha retrasado un poco... pero estoy seguro de que ya se dirige hacia aquí a toda prisa, para ganar el tiempo perdido.

Las dos mujeres se miraron con picardía,

enteradas de las salidas de Clara todas las tardes, y el pobre Payson se daba a todos los demonios.

Entretanto, Clara, después de echar un vistazo a las bodegas de Moret, decía a éste, consultando la hora en su reloj de pulsera, valioso regalo de su marido:

—Todo esto es muy interesante; pero, decididamente, tengo que marcharme...

—Un caballero no ha de llevar nunca la contraria a una dama—repuso Moret—. Saliremos de aquí cuando usted quiera.

Clara indicó que deseaba marcharse sin demora, y Moret, subiendo la escalerilla que conducía a la trampa, empujó ésta para franquear el paso; pero comprobó, con extrañeza, que estaba cerrada.

—No podemos salir, a menos que el bromista que nos ha encerrado aquí venga a abrirnos, si se acuerda de que aun vivimos,

—¿Cómo? ¿Qué broma es esa? —protestó Clara, pensando en el disgusto que causarla a su marido si tardaba más de la cuenta.

Moret se disculpó:

—Le aseguro a usted, señora Payson, que no tengo nada que ver en esa broma.

Clara le creyó, y optando por tomar la cosa como una broma sin trascendencia, dijo a Moret:

—Después de todo, esta situación no deja de ser divertida... ¡Nosotros dos encerrados en una cueva!

—Es extraño lo frecuentemente que me sucede verme encerrado con mujeres hermosas...

—dijo Moret, mirando a Clara, cuya belleza le trastornaba.

Ella le miró con curiosidad, y Moret apresuróse a añadir:

—Pero, no se inquiete usted. Siempre tengo el buen sentido de no aprovechar las circunstancias para hacerles el amor.

—Lo suponía...

—Muchas gracias por el concepto...

—De otro modo, no hubiese aceptado bajar con usted a esta cueva, donde las telarañas acreditan la antigüedad de los vinos.

—Es el adorno propio de las bodegas, como las mujeres como usted, de los salones.

—La comparación no es muy poética...

—La poesía es algo relativo... Cada cual la entiende a su manera... Para mí, no hay

nada mejor que unos ojos... como los de una mujer feliz.

—Eso me gusta más.

—¿Ve usted? Y no he dicho si los ojos eran bonitos o apagados. Basta que sean de una mujer que ríe...

El bromista recordó que su amigo y Clara estaban encerrados y fué a descorrer el pes-



—No podemos salir...

tilla de la trampa, sin que ellos se dieran cuenta de que ya podían salir.

Moret, para celebrar el encierro, que le ponía frente a frente de la mujer más hermosa que habían visto sus ojos, después de la adorada condesita, descorchó una botella de champaña de los tiempos de Napoteón.

El viejo espumoso, cariñoso y galante como un viejo verde, produjo graciosos cosquilleos en Clara.

Moret, viendo que se arrebolaban sus mejillas de seda, brindó por ella:

—¡Vino joven... con etiqueta vieja!...

Y le colocó en una manecita la etiqueta de la botella de champaña.

Clara iluminó la cueva con la pureza de su doble águila de perlas, y bebió un poco más; pero, de pronto, recordando que no estaba en sus tiempos de soltera, cuando todas las horas eran suyas, sino que debía dar cuenta de sus actos a su marido, exclamó, horrorizada, al ver lo tarde que era:

—¡Tengo que irme a casa, sea como sea! ¡Mi marido estará furioso!

Moret se dispuso a llamar a la salida de la cueva, para que acudiese alguien, fuese quien

fuese, a abrirles; pero se sorprendió al ver que ya estaba franqueado el paso.

—Vamos, el bromista se ha apiadado de usted y ha venido a abrir antes de que le maldijéramos hasta el último hueso.

—Podía avisar, y me gustaría saber quién es...

—¡Bah! Un hombre que de buena gana se hubiese encerrado con usted, por la gloria de que nadie la viese mientras él la contemplaba.

—¡Jesús! Es usted inagotable en galanteorías...

—Eso depende de la compañía que uno tiene.

Rápidamente, Clara se despidió de Moret y hallóse en un santiamén en la calle. Pero Moret la siguió y ofrecióse, para que llegase antes, a acompañarla hasta su casa en su coche.

Al poco rato, Payson, que no podía disimular su enojo delante de sus invitados, oyó el ruido del motor de un coche al detenerse éste delante de la casa.

¿Sería Clara?

Oteó la calle desde una ventana, separando discretamente el visillo, y vio a su mujer

apeándose del coche acompañada de un hombre desconocido para él.

Moret besó rendidamente la mano de Clara y ésta subió ligeramente la escalera de su casa.

Instantes después presentábase ante su marido, saludándole jovialmente, y menos cariñosamente a los invitados de su esposo, quienes la miraron sorprendidos.

Payson le había preguntado aparte, ceñudo: —¿Por qué vienes tan tarde? ¿Dónde has estado? ¿Quién era ese hombre?

Ella se echó a reír, y, tímida, respondióle: —[Siempre los mismos celos, querido!... Ese caballero sólo ha tenido la atención de acompañarme para que llegase a buena hora...

Luego, los invitados la vieron llegar hacia ellos afablemente, y las mujeres la observaron atentamente.

De pronto, la más chismosa de las dos, dió con el codo a su marido, después de guñar el ojo a la otra mujer, quien, a su vez, avisó a su esposo, al descubrir en la espalda de Clara varias telarañas de las bóvedas de Moret.

¿Qué significaba aquello?
¡Oh! También había huallas de la cueva en una media de Clara.

¿Qué había hecho? ¡Librenos Dios de los maliciosos!

Payson se dió asimismo cuenta de esos detalles, y cuando su mujer iba a subir a su habitación, disponiéndose él a seguirla, para pedirle explicaciones concretas, la chismosa número uno fijó sus ojos de lince en la original pulsera que rodeaba la muñeca de Clara.

Ella sonrió y, para acallar la curiosidad de la chismosa, le dijo, con suma naturalidad:

—Estoy segura de que se pregunta usted cómo ha podido venir a parar esto a mi muñeca.

—Un capricho, ¿verdad?

—Eso... un capricho... nada más que un capricho...

Y desgranando el tesoro de su risa, desapareció para vestirse para la cena que iba a empezar seguidamente, pues era ya tarde.

—¿Qué hora es?—

—¿Qué hora es?— * * *

—¿Qué hora es?—

—¿Qué hora es?—

—No me sigas, querido—dijo Clara a su marido—. Me vestiré más de prisa sola.

Payson quedóse con sus amigos, y, al poco, reapareció Clara luciendo un maravilloso vestido de encaje, negro, que realzaba espléndidamente su belleza.

La cena transcurrió agradablemente, tomaron café, una copita de licor, jugaron al "poker", y los invitados se retiraron.

Al despedirse, la chismosa dijo a Clara, muy poco hábil, pues se echaba de ver su imbecilidad suponiendo tonterías que sólo existían en su imaginación de escasos alcances:

—Nos hubiéramos quedado un poco más, pero comprendemos que estará usted impaciente por contarle a su marido los "incidentes" de esta tarde...

—Es usted muy amable, señora; pero no corra prisa, se lo aseguro... y "lamento" que se marchen tan pronto... Su compañía me es tan "agradable"...

Cuando quedaron a solas los esposos, Clara, que había leído en el rostro de su marido que había mar de fondo, se alejó hacia su habitación.

Payson fué tras ella, y, sin mediar un preámbulo, le disparó a quemarropa:

—¡Ahora quiero, necesito, EXIJO saber quién era ese hombre que te acompañó!

Clara, sin hacerle caso, empezó a desnudarse, y acercándose a él le suplico que le desabrochase el vestido.

Payson la complació, y, luego, insistió, más furioso todavía:

—¡Te he preguntado que quién era ese hombre!...

Sin interrumpir su operación de desnudarse, Clara repuso:

—Esa Julio Moret, un "gentleman"... Estuve tomando el te en su casa.

Al oír esa respuesta Payson tomó de una silla el vestido que llevara Clara en la reunión, y dijo, mostrándole las telarañas:

—¿Dónde sirven el te en casa de ese "gentleman"... en la bodega?

Clara, inocente de la menor suspicacia, se echó a reír a más y mejor y replicó:

—Estoy segura, Juanín, que si te dijese la verdad, no me creerías...

La naturalidad con que se expresaba su mujer, desarmaba a Payson.

Lentamente, no pensó ya mal de ella, pero sí de Moret... Sus celos tenían que fundarse en algo, naturalmente...

Clara quedó cubierta tan sólo por su camiseta de crepón, y pidió a Payson, que no podía apartar sus ojos de la escultura viviente de su maravillosa compañera:

—¿Quieres darme mi camisa de dormir, Juanín?

El se la firó, pero, inconscientemente, o, acaso, muy conscientemente, acrecióse a Clara, y, a dos pasos de ella, expuso claramente sus impresiones:

—¡Te lo he dicho muchas veces! ¡No apruebo, no puedo aprobar que te juntes con ese Moret y su pandilla de locos!

—¡Y yo te he dicho muchas veces— respondió Clara— que tus amigos me aburren, y que prefiero los míos, con todos sus defectos!

—Esos defectos los tienes tú también! ¡Te gusta el flirt, el baile, todas esas estúpidas frivolidades de vuestro mundo!

Puestos a hablar clarito, Clara no se iba a quedar corta.

—¡Con todas esas estúpidas frivolidades me conociste tú, y me quisiste, sin criticármelas!... ¡Y ahora, soy exactamente la misma que antes!

—¡Perfectamente! ¡Pero lo que es disculpable en una muchacha soltera, no lo es en una señora casada!

—¿Cómo está hoy mi Juanín!

—Supongo que no querrás que me ponga a cantar, después de haberte visto llegar con un desconocido...

—Se ama... porque se ama, Juanín... No puede haber condiciones fijas e inalterables... Yo te amo, y tú me amas... Eso es lo único que debe importarnos, queridito...

—Pero hay cosas...

—Se razonable, Juanín... Tú te enamoraste de mí porque tenía alegría y estaba siempre dispuesta a divertirme. ¿Por qué quieres cambiarme ahora?

Era tan persuasiva su voz, tan perfumado su aliento, y tan seductor su cuerpo, ligeramente velado por sedosa túnica, que Payson cedió, y

cedió tanto, que todo quedó al punto olvidado.

Y así que se ama... porque se ama.

* * *

Unos días después, Payson debía emprender un corto viaje.

Clara le acompañó hasta la estación, y al apearse de su coche se tropezaron con Moret, que iba a esperar a un amigo.

Moret saludó a Clara, y al descender de su automóvil, fué a estrecharle la mano.

Payson recordó que aquél era el hombre que había acompañado a su esposa, unos días antes, hasta su casa en su coche, y los celos se evidenciaron en su semblante, muy poco hábil en el arte del disimulo.

Clara presentó a los dos hombres, y Payson, como es natural, pues era un caballero, correspondió al gracioso saludo que le dirigió Payson.

Moret, viendo la maleta de Payson, preguntó, dirigiéndose a Clara:

—¿Se van ustedes de viaje? ¡Es lástima!.. Precisamente, quería invitarles a mi fiesta de mañana...

Clara corrigió:

—Yo no me voy... El que parte es mi marido...



... le suplicó que le desabrochase el vestido,

—Entonces — añadió Moret, dirigiéndose a Payson—, dejará venir a su esposa, ¿verdad?
¿Traicionarían los celos a Payson?

—Pudo disimularlos, y repuso, amablemente:
—¿Por qué no?... Con mucho gusto...

No sabía él cuánto le agradecía sus palabras su esposita. Pero, inmediatamente después de haberlas pronunciado, Payson dió con el codo a su mujer, significándole que debía contestar que no podía aceptar.

Clara comprendió la intención de su esposo, y, muy apesarada, dijo a Moret, para quien no pasó inadvertida la señal del marido celoso:

—Lo siento, Julio... pero mañana me es imposible...

Y quedó convenido que Clara no asistiría a la fiesta.

¿Cuándo daría Payson al traste con sus celos?

* * *

Los celos son muy malos consejeros.

Payson, temeroso de que su mujer cometiese alguna ligereza durante su ausencia, no pudo menos de buscar ayuda en alguien, y pensó en la chismosa que solía visitarles con su esposo y el otro matrimonio amigo.

Le mandó el siguiente telefonema:

—“Señora Eloisa Bushy - Ashroken, Nueva York.

“¿Querrá usted tener la amabilidad de mirar por Clara mientras yo esté fuera? Gracias.
Juan Payson.”

Y la chismosa, encantada de la misión que Payson le confiaba, telefonó desde su casa a Clara, diciéndole:

—Acabo de recibir un telefonema de Juan...

¡Qué torpeza la suya! Involuntariamente había revelado el secreto; pero, rápidamente, se corrigió:

—No... perdón... no era eso... Quería decirle que la esperamos esta noche a comer con nosotros...

Pero Clara, que no era precisamente tonta, contestó, recalcando sus palabras:

—¿Y dice usted que Juan le ha mandado un telefonema?

La chismosa no supo cómo salir del paso, y confirmó lo que dijera al negar que lo había dicho.

—Vendrá usted, ¿verdad?—añadió la insidiosa mujer.

Sin vacilar, Clara repuso:

—Se lo agradezco mucho, Eloísa... pero tengo ya otro compromiso para hoy... y para mañana.

—Lo siento... Contando con su aceptación, nosotros habíamos...

—Otra vez será... Cuando esté aquí mi marido...

Y fué inútil que la chismosa insistiese. Clara había sabido cortarla oportunamente.

• • •

Adivinando la verdad, Clara, con su poquín y justo despecho, no titubeó en dar una lección a Payson, comprometiéndose a ir a la fiesta de Julio Moret.

¿Por qué confiaba más su marido en los extraños que en ella misma?

¿No comprendía que infería un ataque a su dignidad, recomendando a los demás que la vigilaran?

El que salió ganando en ello fué el galanteador Moret, quien tuvo la inmensa satisfacción de ver en sus salones, rutilantes de luces, a la encantadora casada, tan bonita, tan distinguida, tan enamorada de su esposo.

Una de las diversiones de la reunión era el juego de la gallina ciega. Ninguna tenía tantos atractivos como aquella, porque la prenda que se pagaba era un beso, y como las "gallinitas" eran las señoras...

Cada caballero tenía sus preferencias, y rezaba una oración al santo de su nombre para que le deparase a la mujer cuyos labios anhelaba acariciar.

El juego parecía inocente, pero más de un beso fué dado con toda la intención. ¡Cualquiera juega con los labios!



Clara presentó a los dos hombres...

Todas las damas tenían que ser "gallinas" por turno, y le correspondió, al fin, el turno a Clara.

Dejóse vendar los ojos, le hicieron dar va-

rias vueltas, después de verificar que no veía nada a través de la venda, y empezó la nueva jugada.

Pero he aquí que, de súbito, apareció un invitado inesperado.

¿Quién?

Juan Payson. Iba vestido de calle y en su rostro se leía claramente que no llegaba dispuesto a tomar parte en la fiesta, sino a interrumpirla.

Los buenos oficios de la chismosa hicieron que el celoso se presentase en la reunión en el momento más oportuno.

Moret, comprendiendo lo que pasaba en la mente del esposo, temió que se desarrollara una ridícula escena en su casa entre los esposos, y procurando calmar al recién venido, le saludó amablemente, mientras Clara continuaba buscando a los jugadores.

Unos "pollos" hicieron chistosos comentarios, en los que Payson quedaba en mal lugar, y otros invitados se encargaron de empujar al marido hacia la esposa.

Clara se apoderó de Payson, sin que éste pronunciase la menor palabra, atento acaso a

lo que ella haría, y después de examinarle, exclamó:

—¡Es ese endiablado Julio Moret! ¿Acierito? Una gentil señorita dijo a Clara:

—¡No! ¡No es Moret! ¡Y no te escaparas de pagar la prenda! ¡Tienes que darle un beso!

Clara examinó nuevamente a su presa, y reconociendo súbitamente a su marido, se quitó la venda, y viéndole, en efecto, dijo, riendo:

—No me has engañado, Juanito... Te he conocido casi desde el primer momento... pero como te imaginaba fejos...

Moret se acercó a ellos, y dijo a Payson, mientras los demás invitados continuaban el juego:

—Celebro mucho que al fin se haya decidido usted a venir.

—He venido a recoger a mi esposa—contestó secamente Payson, negándose a estrecharle la mano.

Moret se apartó de los esposos, lamentando el carácter insoportable de Payson, y Clara dijo, entonces, a éste, reprochándole suavemente su actitud:

—No estés serio esta noche, querido... ¡Ya verás! Vamos a divertirnos muchísimo!

Inflexible, Payson respondió:

—Yo he vuelto suponiendo que te encontraría entre mis amigos...

—¿Por qué no puedo estar aquí? ¿Acaso hago algo malo? ¡Al menos, entre mis amigos



—¡Es ese endiablado de Julio Moret!

se pasa bien el rato y no se bosteza como entre los tuyos!

Payson perdió los estribos.

—Si tan bien lo pasas aquí, quédate. Yo me voy a casa.

—Pero, Juanín...

Fué inútil que rogase; Payson se marchó, dando un portazo, portándose, sin saber lo que hacía, como un grosero.

Moret vió a Clara salir en seguimiento de su marido, que desapareció tomando un coche, sin detenerse a escucharla, y afligido por lo que la ocurría con su esposo, acercóse ansioso de consolarla.

—No se preocupe usted, Clara. Los maridos no pierden ocasión de demostrar que son... maridos.

—¡Juan es tan celoso!

—Es verdaderamente lamentable que a los hombres les moleste que sus mujeres sigan siendo atractivas después de casarse. En fin, seréne usted, y entre a la fiesta. Yo la acompañaré luego.

—No, gracias, no entro... Conozco a mi marido, y no quiero defraudarle, no siguiéndole inmediatamente a casa.

Al poco, Clara y Payson celebraban una trascendental entrevista en su hogar. Ella abogaba por la inmediata reconciliación, pero Payson estaba demasiado furioso para discutir con cordura.

—¡Es hora ya de que esto termine para siempre!

—No te pongas así, Juanita... Reflexiona... Pon la mano sobre tu corazón y pregúntate si no eres culpable de lo que hoy ha sucedido. Te prometí no ir a la fiesta de Moret, pero recuerda si tú no hiciste algo que me obligó a faltar a mi promesa...

—Yo sé lo que hago...

—¿Y por qué no puedo saberlo yo también? ¿Es que me crees una muñeca?

—¡Yo me he casado para estar tranquilo, para mandar en mi casa, para tener una esposa... y tú no lo eres!

—Yo soy una esposa, Juan... tan consciente de mis deberes como la primera. Lo que no quiero ni puedo ser es una copia tuya.

—¡Ni una palabra más! Estoy resuelto a proceder como entiendo que debía haberlo hecho mucho antes.

—Es tan necio reñir, Juanín... queriéndonos como nos queremos... Anda, tómame en tus brazos... y bésame...

Eva tentaba... pero Adán no estaba para tentaciones...

—¡No! ¡No me dominarás como siempre!

¡Nunca más volveré a tenerte entre mis brazos!

Clara entristeció. Las palabras de su marido la habían ofendido, herido en lo más honrado. ¿Era así como correspondía a su ofrecido.



—¿Es hora ya de que esto termine para siempre!

miento de paz, completamente inocente de la más leve falta?

Dolorida, encaminóse a su habitación. Payson la siguió, lamentándose de que sus caracte-

teres discrepasen tanto, y Clara, interrumpiéndole, le dijo, dispuesta también a obrar:

—Ni una palabra más, Juan... No tendrás ocasión de repetirme lo que me han dicho. Me voy de esta casa... y te demostraré que no necesito de ti para vivir...

Payson no supo detener a Clara, y ésta, sacudiéndose el yugo del celoso, buscó, apenas salida de su hogar, una colocación honorable.

Fracasó en varias tentativas, pero, al fin, creyó haber encontrado lo que mejor se acomodaría a su temperamento: un empleo como señorita de compañía de una artista.

La casa que habitaba la que ofrecía aquella situación, era alhajada. En los más nimios detalles se notaba el buen gusto de quien vivía en ella.

Pero...

Al entrar en aquel suntuoso reñtro, no podía sospechar Clara que Georgette Duval, artista de teatro y del amor, fuese la protegida de Julio Moret.

Georgette la hizo pasar a su cámara, y, tras ligero examen, decidió aceptarla.

La hizo esperar un momento, y cuando estuvo lista del peluquero, habló de las condiciones.

—Siento no tener referencias—dijo Clara.

—¿No ha trabajado usted en ninguna parte?—preguntóle Georgette.

—No... Nunca, señora...

Georgette vió en un dedo de Clara el anillo de compromiso, y, comprendiendo que en la vida de ésta había surgido una tragedia, añadió:

—¿Casada?

—Sí, pero me he separado de mi marido.

—Bien; pues yo... no estoy casada. Llevo una vida muy ocupada y estoy muy sola... Necesito una amiga, tanto o más que una secretaria.

—Creo que le seré útil, señora...

—Opino como usted, y me la quedo. Puede empezar desde hoy.

—No tengo inconveniente...

—Nos esperan unos días agitadosísimos... Mire usted.

Y le dió a leer una lista de compromisos: cenas, reuniones, carreras.

Empezó la nueva vida para Clara; y unos



—Necesito una amiga...

días después, aparte de la melancolía que le producía estar lejos de su marido, la "viudita" era feliz.

—¡Qué vida tan envidiable la suya, Geor-

gette!... Pocas mujeres tienen su libertad...—comentó, de regreso del hipódromo, donde habían presenciado una importantes carreras.

Georgette sonrió, pero al leer un telefonema que acababa de recibir, su sonrisa se frocò en melancolía.

El telefonema decía así:

"Señorita Georgette Duval - 500 Park Avenue - Nueva York.

"Llegaré mañana 10, 20. Saludos.

"Julio."

Y comentó la artista:

—Habla usted de la libertad, Clara... No hay libertad completa cuando hay un hombre en nuestra vida...

Clara leyó el telefonema, y al leer el nombre de Julio se estremeció, sin explicarse la causa...

Al día siguiente, las dos mujeres fueron a esperar al que había anunciado su llegada para las 10,20 de aquella mañana.

El tal Julio era el mismo Julio Moret.

Al salir de la estación, Moret vió a Clara, y como ésta le distinguió también en seguida, se saludaron afectuosamente, con extrañeza por parte de Georgette.

—¿Qué sorpresa encontramos aquí!—exclamó Moret.

Georgette miraba a su amigo y a Clara, y los celos se asomaban a su pintado semblante.

Moret dióle atance saludándola cariñosamente, y le dijo:

—Permiteme que te presente a la señora Payson...

Pero Georgette, sonriendo, respondió:

—Clara y yo nos conocemos ya. Es mi secretaria.

—¿Cómo?

—Sí, Julio... Desde aquella noche... me he separado de Juan.

—No lo sabía...

Y no se dijeron nada más, porque Georgette reclamaba sus derechos sobre su amigo Moret.

El galante conquistador obsequió a las dos mujeres, llevándolas a varios sitios de distracción, y, por la noche, al ir a recogerlas, para acompañarlas a la Ópera, encontró en una salita a Clara, colocando flores en un jarrón.

—¿Están ustedes listas?

—Sí, Georgette debe estar terminando. Está en su cuarto.

—Mire usted qué regalo le he comprado a Georgette...

Era un valioso brazalete.

—¡Muy lindo!

Moret rodeó con él la muñeca de Clara, y, siempre galante, exclamó:

—¡Cómo luce en usted!... No podría encontrar más bello escaparate...

La fatalidad quiso que Georgette presenciara la galantería de Moret, y que, confundiendo los

hechos, creyese que el brazalete lo había comprado su amigo para Clara y no para ella.

Clara, al verla, le dijo, para evitar una mala interpretación, sin sospechar que ésta era ya un hecho:

—Julio me estaba enseñando el precioso regalo que le ha comprado...

Pero Georgette volvió a entrar en su habitación, presa de celos terribles, aniquiladores. ¡Ah! Clara era bella... y no en balde...

Moret, para poner en claro las cosas, pues él era enemigo de tonterías, reunióse, a solas, con Georgette, quien le recibió hostilmente; y logró, por fin, colocarle el brazalete.

Georgette contempló la joya y, creyendo aún que estaba destinada a Clara y que Moret se la daba porque ella había descubierto el juego, dijo, con mordaz ironía:

—¡Me parece que no luce tanto en mí... como en ella!

—Estás perdiendo el tiempo en necesidades, Georgette... y, lo que es más sensible, vas a conseguir que lleguemos tarde al teatro.

—¿Crees que soy ciega? ¡Esa mujer quiere pescarte! ¡Lo he observado desde que llegaste!

—Estás obcecada, Georgette, créeme... Te ruego que le pidas perdón a Clara...

—¿Qué gracioso! ¡Necesitaria estar loca, para hacer tal cosa!

—¡Perfectamente, entonces!... Quedas en absoluta libertad para hacer lo que gustes.



... le recibió hostilmente...

Georgette, toda a su ira, buscó rápida venganza, y yendo al encuentro de Moret, que tranquilizaba a Clara, quien estaba decidida, después de lo ocurrido, a marcharse seguida-

mente de aquella casa, los sorprendió en actitud poco tranquilizadora para ella, tan poco tranquilizadora que le parecía propia de "buenos amigos". Cegada por los celos, buscó algo en un cajón, y, tranquilamente, Moret le ofreció lo que buscaba: un revólver... pero descargado... ¡y menos mal que lo estaba, por obra de Moret, porque la exaltada mujer hubiese sido capaz de cometer un disparate al amenazar con el arma a Clara, creyéndola su rival!

Moret rompió definitivamente con Georgette, y, airada, la artista abandonó inmediatamente aquella casa, que no era suya, sino de Moret, puesto que era Moret quien pagaba.

Clara lamentábase de lo ocurrido, y, cuando se dirigía hacia la puerta, para salir a continuación de Georgette, Moret se le puso delante y le habló con el corazón en la mano:

—No puede usted imaginarse cuánto siento lo sucedido... Yo la quiero a usted desde hace tiempo, Clara... Nunca hasta ahora me había parecido correcto decirselo...

—Déjeme partir, Julio, se lo suplico...

—No se vaya, Clara... Escácheme... Me casaré con usted... haré todo lo humanamente posible para darle la felicidad...

Pero Clara se apartó de Moret y dejóse caer en un sofá, rompiendo a llorar.

Entonces Moret, un perfecto caballero, acercóse a ella y, en voz queda, emocionado, dejó caer estas palabras:

—Creo adivinar que está usted todavía ena-



... al amenazar con el arma a Clara...

morada de su marido...

Ella no pudo negar.

—Bien, amiga mía... Es muy duro para mí decir esto, Clara... pero debe usted volver a

su lado... Antes que enamorado quiero ser amigo leal...

—¡No, eso no, yo no vuelvo al lado de Juan!... ¡El quiere hacer de mí una cosa sin voluntad, sin personalidad!...

• —Cálmese... Medite... Quizá esté en mi mano el hacer que vuelva usted al lado de su marido conservando todos sus derechos. Tengo un plan... y si usted quiere...

—¡Oh, Julio! ¡Es usted un hombre bueno!

—Sólo le pido una cosa, Clara... Si mi plan fracasa, recuerde usted que yo la amo...

Clara anunció a su marido, por medio de un telefonema, su regreso; y Payson, contento y orgulloso de que la oveja descarriada volviese al redil, donde la estaba esperando lleno de pena por su ausencia, se preparó a recibirla, aparentemente serio, pero, en el fondo, más alegre que un cascabel.

Clara llegó en compañía de Julio Moret.

Al ver a su rival, Payson tuvo que dominar sus nervios, Moret le saludó, pero Payson le negó el saludo.

—¿No te acuerdas de él?—le dijo Clara, que se había presentado con una naturalidad pasmosa, como si su vuelta fuese la cosa más natural del mundo... ya que volvía por su conveniencia.

Payson contestó, secamente:

—¿Y qué ha venido a hacer aquí el señor Moret?

El caballero repuso:

—Siento molestarle a usted con mi presencia, señor Payson... pero tengo que tratar con usted un asunto de suma importancia.

—Sírvase pasar a mi despacho... y Clara también.

—Es mejor que hablen ustedes a solas—dijo Clara—. Se entenderán mejor no estando yo delante.

Moret se despidió de ella, besándole la mano, de un modo que a Payson le pareció atrevidísimo, y Clara, sonriente, ofreció luego la misma mano a su marido; pero éste la apartó de sí con desdén.

A solas en el despacho de Payson, los dos hombres trataron del delicado asunto que había traído a Moret a aquella casa.

—Realmente, Clara es encantadora, exquisita, maravillosa... ¡Es la mujer más bella que he conocido!—dijo Moret.

Nervioso, Payson contestó:

—Ya sabía todo eso, señor,

—Lo pongo en duda.

—Bien. ¿Ha venido usted a visitarme sólo para decirme que mi mujer es muy bella?

—Señor Payson, yo estoy enamorado de su esposa.

—¿Y tiene usted el cinismo de venir a con-



... besándole la mano...

tárnelo a mí?

—¿Por qué no, mi querido amigo? Yo sé perfectamente que usted ya no la ama.

—¡Eso es asunto mío y no de usted!

—Perdón, es mío también... porque deseo pedirle que se divorcie usted de ella.

—Pero... Entonces... ¿quiere usted hacerla su esposa?

—No he tenido tiempo aun de pensar en eso... A decir verdad, la idea del matrimonio nunca me ha pasado por la imaginación...

—¿Qué quiere usted decir, entonces?

—Entienda usted, amigo... Clara tiene ideas pasadas de moda... y mientras sea su esposa no podré yo inculcarle las mías... ¿Le concederá usted el divorcio, verdad?

Payson explotó. Levantóse y señalando la puerta a Moret, exclamó:

—¡Lo que le concedo a usted es un minuto para salir de esta casa!

Muy digno, Moret salió, y, al partir, dijo al criado, oyéndole Payson:

—Dígale a la señora que la espero abajo, en el coche.

Salió, y cuando el criado iba a cumplir el encargo, subiendo a la habitación de Clara, donde ésta se hallaba, Payson le salió al paso y fué él mismo a ver a su esposa.

La encontró llevando una maleta de efectos personales.

—Acabo de echar a ese hombre de mi casa!
¿Sabes a qué venía?—dijole Payson.

Muy naturalmente, Clara repuso:

—¿No encuentras muy razonable su proposición?



—¿Lo que le concedo a usted es un minuto para salir de esta casa!

—¿De modo que tú también estás enamorada de él?

—No, Juan, no lo estoy ni lo he estado nunca...

ca... pero él me quiere tal como soy, sin intentar cambiarme.

—Apareció el criado, quien dijo:

—El señor Moret me manda a buscar el equipaje de la señora.

—Dígale que lo bajaré yo misma... en seguida...

Payson balbució:

—¿Entonces es verdad que piensas abandonarme por eso petimetre?

—No puedo elegir, Juan... Si verdaderamente te importase retenerme, harías un esfuerzo por comprenderme...

—¿Quiero ser obedecido!

—Vamos, Juanin, un poco de comprensión... nada más que un poco!...

—¡No! ¡Y puedes irte! ¡No te detengo!

Pero una lágrima, muy oportuna, de Clara, hizo meditar a Payson, y comprendiendo el gran amor de su esposa, se acusó de egoísta... y venció el cariño leal.

Y Moret, que esperaba la maleta de Clara, y con la maleta a su dueña, vió caer a la calle, desde la ventana, y abrirse en el suelo,

desparramándose finas copas inferiores, el equipaje de la amante esposa.

Era la señal de ella. ¡Había triunfado el plan del amigo leal!

Y el galanteador siguió su camino, melancólico, viendo otra vez perdido el amor...

FIN

Mañana se pondrá a la venta
en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

la formidable novela:

MOULIN ROUGE

EMOCIONANTE ASLINTO

16 fotografías de página entera

Artística portada

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID

OSILGE (ETER. NO.)

EB.

